

dole: no es defecto para mí la pobreza donde concurren tan nobles cualidades: aun no eres viejo y creo que mi hija te amará así que yo la informe de quien eres.

Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia á Jacobo, y al dia siguiente hizo traer Tadeo un coche y se fueron en él para México, dejándome bien triste la ausencia de tan buenos amigos.

A pocos dias me escribieron de haberse casado Jacobo y Rosalía, y que vivian en el seno del gusto y tranquilidad.

Murió á poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que fuera á recibirla.

Con esta ocasion fuí á la hacienda, y tuve la agradable satisfaccion de ver á mi amigo y á su familia que me recibió con el mayor cariño y expresion.

Desde aquel dia fué Anselmo mi dependiente, y yo un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educacion y entendimiento cuando se resuelven á ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisonjero.

Yo me volví á San Agustin y viví tranquilo muchos años.

## CAPITULO XIV,

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.

**N**O me quedé muy contento con la ausencia de D. Tadeo: su falta cada dia me era mas sensible, porque no me fué fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve, pero todos me salieron averiados, pues el que no era ébrio, era jugador: el que no era jugador, enamoraba: el que no enamoraba, era flojo: el que no tenia este defecto era inútil, y el que era hábil sabia darle sus desconocidas al cajon.

Entónces advertí cuán difícil es hallar un dependiente enteramente bueno, y cómo se deben apreciar cuando se encuentran.

Sin embargo de mi soledad, no dejaba yo de venir á México con frecuencia á mis negocios. Visitaba á mi amo, á quien cada dia merecia mas pruebas de confianza y amistad, y no dejaba de ver á Pelayo ya en la iglesia, ya en su casa, y siempre lo hallaba padre y amigo verdadero.



Casualmente encontré un dia al padre capellan de mi amo el chino, en el cuarto de mi amigo Pelayo. Este padre capellan tenia mucha retentiva ó conservaba fijamente las ideas que aprendia con viveza, y como por mí disfrutaba el acomodo que tenia, y fué causa de que saliera yo de la casa su patron, retuvo muy bien en su fantasía mi figura, y al instante que me vió me conoció, y mirando que el padre Pelayo me hacia mucho aprecio, me habló con el mismo, y satisfecho de la mutacion de mis costumbres por sus preguntas, por el asiento de mi conversacion y el informe de Pelayo, se me dió por conocido, alabó mi reforma, procuró confirmarme en ella con sus buenos consejos, me dió las gracias por el influjo que habia tenido en su colocacion, me aseguró en su amistad y me llevó á la casa del asiático, á pesar de mi resistencia, porque le tenia yo mucha vergüenza.

Luego que entramos le dijo el capellan: aquí tiene á su antiguo amigo y dependiente D. Pedro Sarmiento, de quien tantas veces hemos hecho memoria. Ya es digno de la amistad de vd. porque no es un jóven vicioso ni atolondrado, sino un hombre de juicio y de una conducta arreglada á las leyes del honor y de la religion.

Entónces mi amo se levantó de su butaque, y dándome un apretado abrazo, me dijo: mucho gusto tengo de verte otra vez y de saber que por fin te has enmendado y has sabido aprovecharte del entendimiento que te dió el cielo. Siéntate: hoy comerás conmigo, y créete que te serviré en cuanto pueda, miéntras que seas hombre de bien, porque desde que te conocí te quise, y por lo mismo sentí tu ausencia: deseaba verte, y hoy que lo he conseguido estoy harto contento y placentero.

Le dí mil gracias por su favor; comimos, le informé de mi situacion y en dónde estaba, le ofrecí mis cortos haberes, le supliqué que honrara mi casa de cuando en cuando; y despues de recibir de él las mas tiernas demostraciones de cariño, me marché para mi

San Agustin de las Cuevas, aunque ya no se disolvió la amistad recíproca entre el asiático, su capellan y yo, porque los visitaba en México, los obsequiaba en mi casa cuando me visitaban, nos regalábamos mútuamente, y nos llegamos á tratar con la mayor afabilidad y cariño.

Tambien en uno de los dias que venia á México, encontré al pobre Andresillo muy pobre y despilfarrado; me habló con mucho respeto y estimacion, me llevó casi á fuerza á su casa, me dió su buena mujer de almorzar, y el pobre no supo que hacerse conmigo para manifestarme su gratitud.

Yo me compadecí de su situacion, y le pregunté que por qué estaba tan de capa caída, que si no valia nada su oficio, que si él jugaba ó era muy disipadora su mujer? Nada de eso hay, señor, me dijo Andrés, yo ni conozco la baraja, no soy tan chambon en mi oficio, y mi mujer es inmejorable, porque se pasa de económica á mezquina; pero está México, señor, hecho una lástima. Para diez que se hacen la barba, hay diez mil barberos, ya sabe su merced que en las ciudades grandes sobra todo, y así eroque hay mas barberos que barbados en México. Solamente los domingos y fiestas de guardar rapo quince ó veinte de á medio real, y en la semana no llegan á seis. Esto de dar sangrías, echar ventosas ó sanguijuelas, curar cáusticos y cosas semejantes, apénas lo pruebo: con esto no tengo para mantenerme, porque en la ciudad se gasta doble que en los pueblos, y como primero es comer que nada, cate vd. que lo poco que gano me lo como, y no tengo ni con que vestirme, ni con que pagar la accesoria.

Condolido yo con la sencilla narracion de Andrés, le propuse que si queria irse á mi casa, lo acomodaria de cajero, dándole lugar á que buscara lo que pudiera con su oficio.

El infeliz vió el cielo abierto con semejante propuesta, que ad-



mitió en el momento, y desde luego dispuso sus cosas de modo que en el mismo día se fué conmigo.

El era vulgar pero no tonto. Fácilmente aprendió el mecanismo de una tienda, y me salió tan hombre de bien, que en puntos de despacho y fidelidad no extrañaba yo á mi buen amigo D. Tadeo, á quien tampoco dejé de visitar ni á su yerno D. Jacobo, á quien visité en su casa con frecuencia, y tuve el gusto de verlo casado y contento con la Srita doña Rosalía, á la que ví muy niña cuando la conocí por hija del trapiento.

Estas amistades tuve y conservé cuando fuí hombre de bien, y jamás hubo motivo de arrepentirme de ellas. Prueba evidente de que la verdadera y buena amistad no es tan rara como parece; pero ésta se halla entre los buenos, no entre las pícaros, aduladores y viciosos.

Cosa de cuatro años viví muy contento en el estado de viudo en San Agustín de las Cuevas, adelantando á mi amo su principal, contando quieto y sosegado seis ú ocho mil pesos míos, visitando muy gustosos á mi amo, al chino, á Roque, á Pelayo, á Jacobo y á Tadeo, y durmiendo con aquella tranquilidad que permite una conciencia libre de remordimientos.

Una tarde, estando paseándome bajo los portales de la tienda, ví llegar al meson, que estaba inmediato, una pobre mujer estirando un burro, el que conducía á un viejo miserable. El burro ya no podía andar, y si daba algunos pasos era acosado por una muchachilla que venia tambien azotándole las ancas con una vara.

Entraron al meson, y á poco rato se me presentó la niña, que era como de catorce años, muy blanca, rota, descalza; muy bonita y llena de congoja, tartamudeando las palabras y derramando lágrimas en abundancia, me dijo: Señor: sé que vd. es el dueño del meson: mi padre viene muriéndose y mi madre tambien. Por Dios,



dénos vd. posada. que no tenemos ni medio con que pagar, porque nos han robado en el camino.

He dicho que yo debí á Dios una alma sensible y me condolia de los males de mis semejantes en medio de mis locuras y extravíos. Según esto, fácil es concebir que en este momento me interesé desde luego en la suerte de aquellos infelices. En efecto, me pareció muy poco el mandar alojarlos en el meson, y así respondí á la mensajera: niña, no llores: anda y hás que tu madre y tu padre vengan á mi casa, y díles que no se aflijan.

La niña se fué corriendo muy contenta, y á pocos minutos volvió con sus ancianos padres. Los hice entrar á mi casa, ordené que les dieran un cuarto limpio y que los asistieran con mucho cuidado.

Conforme á mis órdenes, Andrés dispuso que les pusieran camas y que les dieran de cenar muy bien, sin perdonar cuanto gasto consideró necesario á su alivio.

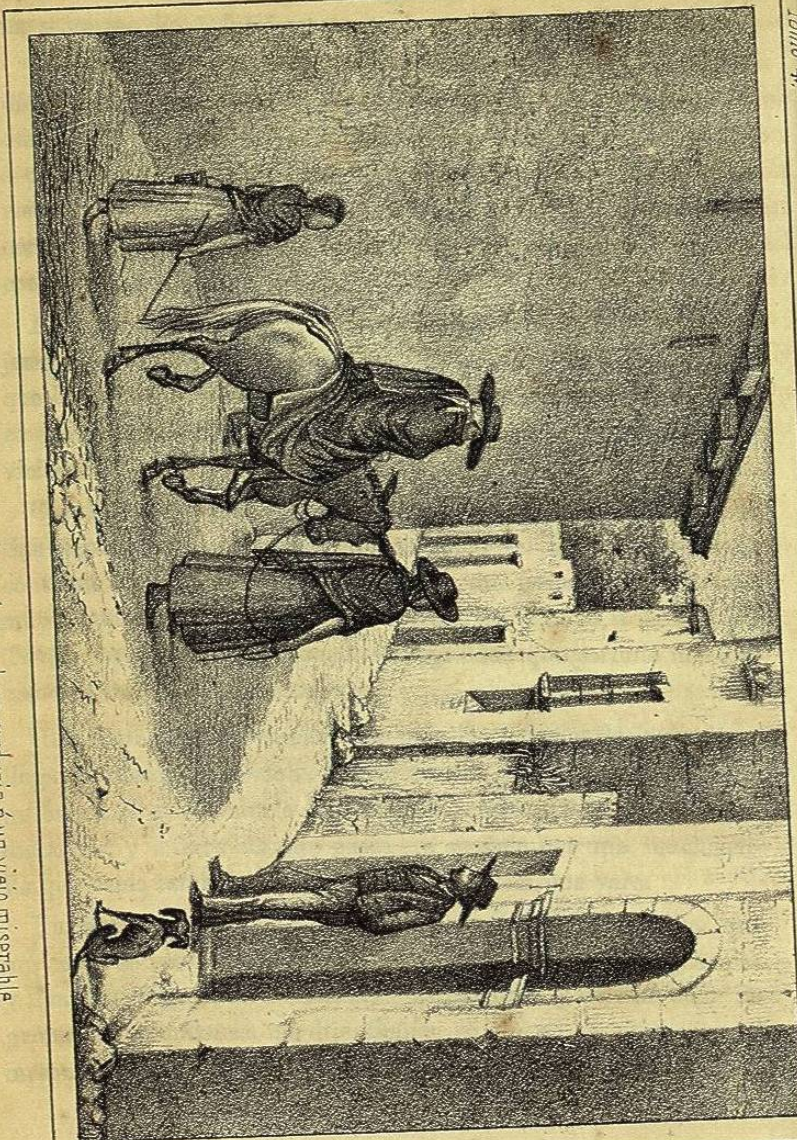
Yo me alegré de verlo tan liberal en los casos en que una extrema necesidad lo exigia, y á las diez de la noche, deseando saber quiénes eran mis huéspedes, entré á su cuartito y hallé al pobre viejo acostado sobre un colchoncito de paja: su esposa, que era una señora como de cuarenta años ó poco ménos, estaba junto á su cabecera, y la niña sentada á los piés de la misma cama.

Luego que me vieron se levantaron la señora y la niña, y el anciano quiso hacer lo mismo, mas yo no lo consentí, antes hice sentar á las pobres mujeres, y yo me acomodé inmediatamente al enfermo.

Le pregunté ¿de dónde era, qué padecía y cuando ó cómo lo habían robado?

El triste anciano, manifestando la congoja de su espíritu, suspiró y me dijo: señor, los mas de los acaecimientos de mi vida son

Vi una pobre mujer estrirando un burro, el que conducia á un viejo miserable.





lastimosos: vd. á lo que me parece, es bastante compasivo, y para los corazones sensibles no es obsequio el referirlos lástimas.

Es cierto, amigo, le contesté, que para los que aman como deben á sus semejantes, es ingrata la relacion de sus miserias; pero tambien puede ser motivo de que experimenten alguna dulzura interior, especialmente cuando las pueden aliviar de algun modo.

Yo me hallo en este caso, y así quiero oir los infortunios de vd., no por mera curiosidad sino por ver si puedo serle útil de alguna manera.

Pues señor, continuó el pobre anciano, si ese es sólo el piadoso designio de vd., oiga en compendio mis desgracias.

Mis padres fueron nobles y ricos, y yo hubiera gozado la herencia que me dejaron si hubiera mi albacea sido hombre de bien; pero éste disipó mis haberes y me vi reducido á la miseria. En este estado serví á un caballero rico que me quiso como padre, y me dejó cuanto tuvo á su fallecimiento. Me incliné al comercio, y de resultas de un contrabando perdí todos mis bienes de la noche á la mañana. Cuando comenzaba á reponerme, á costa de mucho trabajo, me dió gana de casarme, y lo verifiqué con esta pobre señora, á quien he hecho desgraciada. Era hermosa: la llevé á México, la vió un marqués, se apasionó de ella, halló una honrada resistencia en mi esposa y trató de vengarse con la mayor villanía: me imputó un crimen que no habia cometido y me redujo á una prision. Por fin, á la hora de su muerte le tocó Dios, y le volvió mi honor y los intereses que perdí por su causa. Salí de la prision y..... Perdone vd., señor, le interrumpí diciéndole: ¿Cómo se llama vd.? —Antonio. —¿Antonio! —Sí señor. —¿Tuvo vd. algun amigo en la cárcel á quien socorrió en los últimos dias de su prision? —Sí tuve, me dijo, á un pobre jóven que era conocido por Periquillo Sarniento: muchacho bien nacido, de finá educacion, de no vulgares talentos y de buen corazon, harto dispuesto para haber sido hom-

bre de bien; pero por su desgracia se dió á la amistad de algunos pícaros, éstos lo pervitieron, y por su causa se vió en aquella cárcel.

Yo, conociendo sus prendas morales, lo quise, le hice el bien que pude, y aun le encargué me escribiera á Orizava su paradero. El mismo encargo hice á su escribano, un tal Chanfaina, á quien le dejé cien pesos para que agitara su negocio y le diera de comer mientras estuviera en la cárcel; pero ni uno ni otro me escribieron jamás. Del escribano nada siento, y acaso se aprovecharia de mi dinero, pero de Periquillo siempre sentiré su ingratitud.

Con razon, señor, le dije: fué un ingrato: debia haber conservado la amistad de un hombre tan benéfico y liberal como vd. Quién sabe cuáles habrán sido sus fines: pero si vd. lo viera ahora ¿lo quisiera como ántes?

Sí lo quisiera, amigo, me dijo: lo amaria como siempre. —¿Aunque fuera un pícaro? —Aunque fuera. En los hombres debemos abortecer los vicios, no las personas. Yo desde que conocí á ese mozo viví persuadido en que sus crímenes eran mas bien imitados de sus malos amigos, que nacidos de malicia de su carácter. Pero es menester advertir, que así como la virtud tiene grados de bondad, así el vicio los tiene de malicia. Una misma accion buena puede ser mas ó ménos buena; y una mala, mas ó ménos mala, segun las circunstancias que mediaron al tiempo de su ejecucion. Dar una limosna siempre es bueno; pero darla en ciertas ocasiones, á ciertas personas, y tal vez darla un pobre que no tiene nada superfluo, es mejor, ya porque se dá con mas orden, y ya porque hace mayor sacrificio el pobre cuando dá alguna limosna que el rico, y por consiguiente hace ó tiene mas mérito.

Lo mismo digo de las acciones malas. Ya sabemos que robar es malo; pero el robo que hace el pobre acosado de la necesidad, es ménos malo, ó tiene ménos malicia que el robo ó defraudacion que